

¡HOMBRES, DESPERTAD!

He aquí llegada vuestra hora
y el poder de las tinieblas.

SAN LUCAS, XXII, 53.

I

Son vuestras iniquidades las que os han separado de vuestro Dios, y son vuestros pecados los que le hicieran volver el rostro por no oiros. Porque vuestras manos están manchadas de sangre y vuestros dedos de iniquidades; vuestros labios han proferido la mentira y vuestra lengua ha dicho cosas perversas. Nadie hay que reprenda por la justicia y nadie que castigue por la verdad; se hace caso de futilidades y se dicen cosas vanas; se concibe el trabajo y se engendra el tormento. Sus obras son obras de iniquidad, y sus manos llevan á cabo actos de violencia. Sus pies corren al mal y se apresuran para derramar la sangre inocente; sus pensamientos son pensamientos de iniqui-

dad; la ruina y la desolación están en su camino. No conocen la senda de la paz, no hay justicia en su camino; sus senderos son senderos apartados; de todos los que andan por ellos, ninguno conoce la la paz. He aquí por qué el juicio se ha alejado de nosotros, y la justicia no viene á nosotros; esperábamos la luz, y surgen las tinieblas; deseamos el esplendor, y avanzamos en la obscuridad. Caminamos á tientas como los ciegos á lo largo de la pared; caminamos á tientas como los que no tienen ojos; hemos tropezado en pleno mediodía como de noche, y hemos estado en lugares de desolación como los muertos.—ISAÍAS, LIX.

La guerra es más venerada que nunca. Un artista hábil en esto, un asesino genial, Moltke, respondió un día á los delegados de la paz las siguientes extrañas palabras:

«La guerra es santa, de institución divina; es una de las leyes sagradas del mundo. Sustenta en los hombres todos los grandes, los nobles sentimientos, el honor, el desinterés, la virtud, el valor, y les impide, en una palabra, caer en el repugnante materialismo.»

Así, reunirse en rebaños de cuatrocientos mil hombres, caminar día y noche sin descanso, no pensar en nada, ni leer nada, no ser útil á nadie, pudrirse en su suciedad, acostarse en

el fango, vivir como el bruto en una estupidez continua, saquear las ciudades, quemar las aldeas, arruinar los pueblos, encontrar después otra aglomeración de carne humana, caer sobre ella formando lagos de sangre, llanuras de carne apilada, montones de cadáveres, perder los brazos ó las piernas, ser muerto sin provecho para ningún nacido, mientras que vuestros viejos padres y vuestros hijos perecen de hambre; he ahí á lo que se llama no caer en el más repugnante materialismo.—GUY DE MAUPASANT.

Nos limitaremos á recordar que los diferentes Estados de Europa han acumulado una deuda de ciento treinta mil millones, ciento diez mil de ellos desde hace un siglo, y que esta deuda colosal proviene casi exclusivamente de los gastos de guerra que mantienen en tiempo de paz á más de cuatro millones de hombres, que pueden convertirse en diecinueve en tiempo de guerra, y que los dos tercios de sus balances son absorbidos por el servicio de la deuda y el sostén de los ejércitos de tierra y mar.—G. DE MOLINARI.

¡Otra vez la guerra, otra vez los sufrimientos inútiles para todos, provocados por

nada! ¡Otra vez la mentira, otra vez el embrutecimiento, la bestialidad de los seres humanos!

Hombres, cientos de miles de hombres, separados por diez mil verstas de distancia, y que son por una parte budistas, cuya ley prohíbe, no tan sólo el asesinato de los hombres, sino también el de los criminales, y por otro lado cristianos, que profesan la fe de la fraternidad y el amor. Estos hombres, lo mismo que las fieras, se persiguen unos á otros por tierra y por mar para matarse, para mutilarse del modo más cruel.

¿Qué es esto? ¿Es sueño ó realidad?

En presencia de esto se quiere creer que es un sueño y se desea despertar. Pero no, no es un sueño, es la realidad terrible.

Háblese á un japonés pobre, ignorante, engañado, á quien se haya hecho creer que el budismo no consiste en la compasión por todo ser vivo, sino que consiste en hacer sacrificios á los ídolos, ó á un pobre muchacho de Nijni-Novgorod, sin ilustración, á quien se haya enseñado que el cristianismo consiste en la adoración del Cris-

to, de la madre de Dios; de los santos y de sus imágenes, y en rigor, podrá comprenderse que esos desgraciados, conducidos por una violencia secular y por el engaño á considerar bueno el mayor crimen del mundo, ó sea el asesinato de sus semejantes, puedan cometer ese acto afrentoso sin creerse culpables.

Pero ¿cómo los hombres que se creen ilustrados pueden propagar la guerra, contribuir á su establecimiento, tomar parte en ella, y lo que es aún más terrible, sin exponerse á los peligros de la guerra, empujar y enviar al combate á muchos infelices hermanos engañados?

Estas gentes, mal llamadas ilustradas (aun sin hablar de la ley cristiana, si es que la profesan), no pueden ignorar todo lo que fué y lo que está escrito, todo lo que se dijo y quedó dicho de la crueldad, de la inutilidad y de la barbarie de la guerra.

Si esas gentes son llamadas ilustradas, es justamente porque saben toda eso. La mayor parte han escrito ó hablado del asunto.

Sin mencionar la Conferencia de la Haya, acogida con la aprobación general,

y de los libros, folletos, artículos de periódicos y discursos en que se considera la posibilidad de resolver las diferencias internacionales por medio de un tribunal internacional, los hombres ilustrados no pueden ignorar que los armamentos generales de los Estados, unos contra otros, deben, inevitablemente, arrastrarlos á las guerras sin fin ó á la bancarrota general, ó bien á las dos cosas. No pueden ignorar que, además del gasto loco, insensato, de millones de rublos, es decir, del trabajo de los hombres para el sostenimiento de la guerra y sus preparativos, en la guerra misma perecen miles de hombres, los más enérgicos, los más fuertes y en la mejor edad para el trabajo productivo. Las guerras del siglo pasado costaron la vida á catorce millones de hombres.

Las gentes ilustradas no pueden ignorar que los pretextos de las guerras son siempre tales, que no valen la pena de que por ellos se gaste una sola vida humana, ni siquiera una centésima parte de los medios gastados actualmente en la guerra. La lucha por la emancipación de los negros cos-

tó á los Estados Unidos más que hubiera podido costar la compra de todos los negros del Sur.

Saben todos lo principal: que las guerras provocan en el hombre las pasiones más bajas, más groseras, le depravan y le embrutecen. Todos conocen la futilidad de los pretextos que José de Maistre, Moltke y otros, invocaron en favor de las guerras. Casi todos se basan en el sofisma de que en toda calamidad humana se puede encontrar un lado ventajoso, ó en la afirmación arbitraria de que siempre hubo guerras y las habrá siempre, como si las malas acciones de los hombres pudieran justificarse por las ventajas y la utilidad que procuran, ó porque fueron cometidas en todo tiempo.

Todos los hombres que se llaman ilustrados saben esto. ¡Y de repente la guerra estalla! Y todo esto es olvidado instantáneamente, y hasta los hombres que, el día antes, demostraban la crueldad, la inutilidad y la locura de las guerras, hoy no emplean sus pensamientos, sus palabras y sus escritos sino en los medios de matar hombres, de despilfarrar, de aniquilar la mayor

cantidad de trabajo humano, de atizar todo lo posible las pasiones y el odio en esos hombres pacíficos y laboriosos que con su trabajo alimentan, visten, mantienen á esos mismos hombres—llamados ilustrados—, los cuales, en cambio, les obligan á cometer actos terribles contrarios á su conciencia, al bien y á la religión.
